

# Editorial

## Y dónde quedó la universidad

Where is the university

*David Esteban Zuluaga Mesa\**

Por estos días la empresa universitaria, de nominación que con el permiso de los directivos de las universidades y la norma ISO, se ha dado a los claustros académicos, ha cambiado la preocupación por el conocimiento por la tediosa e improductiva tarea de llenar formatos; con esto no sólo se es infiel a una tradición bien ponderada entretejida con pensadores por antonomasia como Platón, Lucrecio, Aristóteles, Descartes, Locke, Kant, Wittgenstein, entre otros, sino que se desvirtúa la labor docente e investigativa que entre otras cosas, más que estar preocupados por sus métodos, saberes y procesos reales de investigación, están impacientados por diligenciar formatos de encuesta para la acreditación, planes operativos, control de actividades, informes de gestión, presupuestos y hasta por calcular cuál es el número de horas que se tarda un estudiante en leer un texto según su nivel de complejidad y el número de créditos de un curso.

---

Forma de citar este artículo en APA:

Zuluaga Mesa, D. E. (2014). Y dónde quedó la universidad. *Revista Perseitas*, 2 (1), pp. 7-9

\* Magister en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, profesor de Filosofía y editor de la *Revista Perseitas* de la Facultad de Filosofía y Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó, líder del grupo de investigación Filosofía y Teología Crítica.

Correo electrónico: david.zuluagame@amigo.edu.co



El desarrollo de procesos claramente definidos desde el punto administrativo es necesario, sin embargo, no es conveniente que la inoperancia administrativa los sobreponga dándoles más relevancia que a los académicos. Es necesario que las universidades logren diferenciar dos momentos: el académico y el administrativo, de lo contrario seguirán creciendo en rentabilidad económica y decayendo en los procesos formativos de calidad académica.

Será que las universidades se han preguntado ¿qué implicaciones tiene sobre poner lo administrativo a lo académico?; será que se han dado cuenta que desde esta dinámica un Magister o un Doctor no son sino un aporte estadístico para sumar en algún indicador ¿Dónde queda el desarrollo académico? ¿Dónde la reflexión? ¿Dónde el vigor para producir conocimiento e impactar críticamente marcos contextuales concretos y sumamente problemáticos? Las instituciones de educación superior deben hacer un ejercicio de introspección (si cabe el término) que les indique que algo no marcha bien, que los procesos de alfabetización, democratización y comunicación de la ciencia y la tecnología se desvirtúan cada día más y se cambian, lamentablemente, por cientos de formatos que se presume, nos hacen mejores.

El conocimiento no es uniforme, los contextos no son homogéneos; cada estudiante es distinto, cada comunidad tiene sus vericuetos, cada día hay nuevos fenómenos que merecen ser pensados. El deber ser de la universidad está en servir a la comunidad, en pensar problemas reales, en preparar ciudadanos que sean capaces de afrontar problemas que la universidad misma ya ha sido capaz de afrontar mediante procesos investigativos concienzudos; sin embargo, este deber ser se desdibuja en procesos de medición que no dicen nada a la comunidad. Para el ciudadano de a pie no existe la clasificación de grupos de investigación, no hay procesos de indexación, hay eso sí problemas reales que afectan la vida cotidiana. Con esto no se está poniendo en duda la importancia de los procesos de medición, se está queriendo decir que los resultados de cualquier medición deben ser derivados de la intervención de la académica en contextos reales. Es necesario darse cuenta que los procesos académico-administrativos son vitales para las universidades pero no están al mismo nivel, no son lo mismo. Es necesario anular la miopía.



Por otro lado, ¿qué importa cuánto se tarde una persona en leer un texto? La universidad tiene la tarea de formar el carácter, al menos es lo que tengo claro desde mi formación en filosofía, y esto se direcciona a las personas en la construcción de un andamiaje crítico. La universidad es un espacio, como alguna vez indico el Filósofo y Poeta Víctor Raúl Jaramillo Restrepo, para aprender a leer y a escribir, y esto implica recrear el lenguaje, avivarlo, transformar el mundo, lo cual, en efecto, requiere de un orden, pero no el orden que señala la revolución de la cuadrícula, sino la capacidad lógica, ética, poética, la cercanía con la vida cotidiana que cada uno de los profesores potencia en sus estudiantes, asunto que sin duda se funda en la paciencia, en la prudencia, en la capacidad que tenga cada uno de nosotros para afrontar nuevos paradigmas que se bifurcan diariamente ante nuestros ojos.

Las universidades hoy se han descentralizado, ni el docente ni el estudiante son el centro, tampoco el conocimiento, el centro hoy se dibuja entrono a los procesos de acreditación de alta calidad y la “sabiduría” empresarial de la norma ISO. Viene la pregunta: ¿Dónde queda el conocimiento? ¿Dónde la universidad? Los profesores deben ante el formato tomar posición crítica, no sea que por andar llenado cuadritos terminemos sumergidos en la desidia académica de algunos administradores y acogiendo el optimismo ciego que dibuja la narcotizante “calidad”.

Que sea pues el objetivo de esta edición fortalecer el pensamiento crítico.

*¡Los invitamos al diálogo!*